

Engarabitada sobre el muro viejo,
la parra sacude sus pámpanos trémulos,
y su monocordio la cigarra hiriendo,
le dice al racimo: «madúrate presto».

La limpia garrafa del hombro pendiendo
y al cinto el estuche de anises repleto,
van los aguadores errantes vendiendo
¡agua de la Alhambra, fresca como el hielo!

Los chumbos pajizos, panales abiertos
de tonos cual ámbar y pétalos recios,
extienden sus flores por valles y cerros,
orlando las pencas de extraño arabesco.

Del agua que ríe se escuchan los ecos
que van resbalando por sitios secretos;
parece al oírlos el alma en suspenso,
canción subterránea de gnomos y genios.

En el bello carmen de flores cubierto,
detrás de las hojas se ampara el insecto,
jadea en los nidos el pájaro inquieto,
y zumba la mosca pasando y viniendo.

La ciudad dormita su cálido sueño,
relumbran las calles, se extinguen los ecos;
y entre el sol que abrasa canta un pregonero:
¡Sandías de Soto!, ¡rajás, como el fuego!

ASCUA

Vierte la cigarra
su vaso de fuego,
su ánfora armoniosa de trémula lumbre
cual si de una fuente manase cayendo.
Un bordón de guitarra morisca
que nunca ve roto su largo lamento,
un bordón de una llama tejido,
un alambre armónico de sonos de incendio,
parece la cuerda de lumbre cantora
del cálido insecto.
Desde el alto púlpito de un chumbo dorado,
lanza la cigarra su sermón violento,
toca la cantora su fibra estallante
y arranca á la cuerda su lírico estruendo.
Es ascua canora,
arpa de dos élitros,
lira de dos alas,
pandero africano, monocordio griego,
crótalo incansable de dos brasas roncadas
que tocan el himno del sol y del fuego.

Oidla en el pecho naciente de Cloe
madurar el doble racimo del seno,
cual si en él cantaran los altos capullos
formados de broches rosados de almendro.
La cigarra es la voz de la vida,
una gata del sol hecha verso,
un ascua sonante,
arpa de dos élitros,
lira de dos alas,
pandero morisco, crótalo bohemio...

LOS PAJAROS

Con plumas armoniosas, Dios hace un solitario:
en sus instantes bellos, combina los vestidos
diversos de las aves, y coge un haz de plumas
y las desriza y tiende sobre un tapiz de luces
para formar conjuntos de acordes armonías.
¿Visteis de un azulejo la línea fragmentaria
que lo colora y brinca á otro azulejo claro
dejándolo prendido también en el dibujo
que va desarrollando su tema por el zócalo?;
le mismo la dalmática de un pájaro divino
Dios hace, entretejiendo las cien fichas de plumas,
como quien hace un lento dibujo de matices.
Y como tienen músicas los dedos polifónicos
de Dios, á cada pluma bellísima que prende
suena también la nota del génesis de un canto
que al par del rico tema de plumas combinadas
se va desenvolviendo como otro tema músico
que corresponde al pájaro para quien es la túnica.
Un doble solitario de plumas y de notas,
un tema paralelo de sonos y de trinos,
está Dios diseñando mientras feliz sonríe

al ver lo bien que salen del haz de la baraja
 las rosas, los añiles, los oros, los cobaltos,
 y cómo se concuerdan las sartas de gorjeos
 del musical mosaico con el alado traje.
 La pluma, de arreboles teñida, en que Dios toca,
 resuena como tecla divina de un armónium
 al par que como tecla de un manto de colores.
 Y este ejercicio bello de Dios, sólo es la gracia
 de sus instantes leves de plácido reposo
 en los que ríe y juega mirando cómo brotan
 de entre sus dedos prismas y armónicas cadencias.
 Cual se entretiene un niño tirando al aire suelto
 flotantes pompas hechas con frágiles espumas
 que del jabón chorrean como una blonda mágica,
 Dios se entretiene echando desde sus dedos sumos
 al golfo de los cielos los pajaros que forma,
 á los que da carrera como á una pompa música
 que va presa en dos alas y va al andar cantando.
 Junta las manos, sopla, y sale una oropéndola;
 vuelve á juntar de nuevo las manos prodigiosas,
 y sale un chorro alegre de líricos jilgueros
 que van trinos y escalas y notas goteando;
 junta otra vez los dedos, y á un soplo de armonía,
 sale el gentil milagro del ruiseñor; los junta
 de nuevo, sopla un largo reguero de sonidos,
 y sale echando rizos de notas un canario.
 Y este ejercicio bello de la Suprema Gracia
 llena de errantes pompas los valles y las selvas,
 las vastas praderías, los épicos pinares,
 los grandes conos bíblicos de los azules montes.
 Sopla con risa plácida, y surge una paloma;
 sopla con arte sumo, y brota un cisne negro;
 sopla con ira, y salen las águilas de guerra;
 sopla potente, y vuelan los cóndores altísimos;
 sopla violento, y brotan los grandes avestruces
 que el arenal recorren con las inmensas zancas...

LA MUSA DEL HENO

A Diez-Canedo.

Un ropaje vago de esencias, vestía
 la musa del heno,
 una libre túnica de aromas, que al paso
 saturó de armonías mi pecho.
 El sorbo de magia
 mareó mi frente con luces de ensueño,
 y volví los ojos para ver la imagen
 que entre un torbellino de alegres insectos,
 cual un rayo de sol en pie, iba
 deslizándose su giro quimérico.
 Iba resbalando sin rozar las cosas,
 con los pies calzados de luz y misterio,
 iba resbalando sobre las espigas
 como por llanuras de ritmos de fuego,
 como por sembrados de flautas de oro
 que musiqueaban al soplo del viento.
 Entre el sol de Junio, llevaba el ropaje
 sobre el rubio cuerpo
 abierto en dos hojas cual las de un sagrario
 y con mil encajes de amapolas sueltos.

Un collar de nidos
 llevaba en las curvas redondas del seno,
 de nidos con músicas
 de pájaros nuevos,
 que ella al ir andando los iba criando
 metiendo en sus picos pajizos y abiertos,
 cuajarones de sol rubicundo
 con el palpitante temblor de sus dedos.
 Un manto larguísimo de tul como el ámbar
 desde los omóplatos colgábale al suelo,
 que atrás se quedaba, peinando, peinando
 dorados trigales, felposos centenos,
 que se estremecían con leves temblores
 de rayas, de rizos, de luces, de besos.
 Y lo que tocaba la diosa impalpable
 con su paso lírico, quedábase lleno
 de esperanza dulce, de armonía santa,
 de frescor eterno.

Iba vaporosa sobre los paisajes,
 como el alma rubia de los campos bellos,
 como desposada con velo de espigas
 y aristas doradas de panes morenos.
 Musical aroma
 iba repartiendo
 sobre cuantas vidas hallaba á su paso
 por los errahundos, trenzados senderos.
 Al cruzar un hombre, se arrancaba un nido
 del collar del seno
 y se lo ponía sobre la cabeza
 sin que él percibiera su ingrávigo peso,
 y el nido invisible llevaba cantando
 en un equilibrio de encanto perpetuo.
 Pasaba otro triste
 y afable otro nido quitaba á su pecho
 y se lo colgaba de la sien marchita
 para que soñase su música oyendo.

La repartidora de magia sublime,
 la repartidora de encanto y de ensueño,
 veía á un anciano y ataba á sus sienes
 un trémulo nido de pájaros tiernos,
 para que engañado por dulces cadencias
 buscara su música mirando á los cielos.
 A un errante niño
 un nido le puso prendido al cerebro,
 y el muchacho alegre bailaba, bailaba,
 cargado de pájaros, de notas y versos.
 Halló en su camino
 una viejecita como un esqueleto
 que misericordia ponía en el alma,
 que la carne abría su gemir enfermo,
 y arrancóse un nido
 del collar de pájaros la musa riendo,
 y lo puso en la frente caduca
 igual que una flata de santo misterio,
 y la anciana doliente refa
 cual si recalara la vida sus huesos.
 Y el de ruiseñores de pico sagrado,
 nido que llevaba la diosa en el pecho
 y guardó inspirada
 para alguna frente de brillo supremo,
 lo puso en la frente de luz del poeta,
 cual ánfora lírica colmada de genio,
 cual cáliz de notas para que lo lleve
 sobre el pensamiento,
 y ante él ¡sacerdote! postradas comulguen
 las generaciones con ritmos eternos.
 Andaba la musa de manto larguísimo
 que desde los hombros colgábale al suelo,
 y atrás deslizábase peinando los lagos,
 hollando los valles de verde cubiertos,
 barriendo hojarascas rodantes y locas,
 felposos trigales y rubios centenos.

LA MUSICA DE DIOS

Está todo empapado de músicas recónditas;
la esencia, lo más hondo del Orbe, es melodía,
es aleteo lírico. ¿No oís cantar enjambres
en el silencio santo de las cerradas piedras?;
¿no oís zumbar el fondo macizo del peñasco,
lo mismo que si un órgano tuviera en las entrañas?;
¿no os da en la cara el vuelo del himno religioso
con que los soles trazan su redondel eterno,
atados, como estrofas, á leyes inmutables?;
del ígneo semillero del cáliz de una rosa,
¿no oís salir un salmo cantado por cien folios,
cantado por cien hojas? ¿No oís el son gigante,
como de trompas bárbaras, que en todo lo creado,
igual que en instrumento vastísimo, producen
los pies más invisibles del más frágil insecto?

Cuando un cínife corre por la hoja de una caña,
 estremecido tiembla con mil sonoridades
 el tímpano sagrado de cielo, mares, montes;
 si pisa un elefante, retumba los oídos
 de insólito tumulto; si da una mariposa
 contra el cristal del aire, se siente un largo trueno
 en todo el gran teclado de mundos cadenciosos;
 es cual de alejandrinos flotantes, el murmullo
 santísimo del agua; hay ópera por dentro
 de todas las espigas, más sabias que los sabios;
 si daís con un objeto en cada piedra muda,
 en cada fino acero, en cada hueso ó vidrio,
 ó en el bambú que tiene las fichas de un teclado,
 oiréis cómo la música diversa se desprende
 de la sonante piedra, del fondo del acero,
 del hueso musicable, del vidrio filarmónico,
 y del bambú rayado lo mismo que un pentágrama;
 y, pues si todo canta con el Idioma Sumo,
 ¿cómo no oís cien misas en el Misal Inmenso?
 Y si es en los sonidos que brotan de los fondos
 distintos de las almas, ¿no oís cómo denuncia
 cada garganta, hiriendo las líricas vocales,
 la fibra de un carácter, la gama de un espíritu?
 Del horizonte doble de unos divinos ojos,
 ¿no veís cómo derraman diversas melodías
 los negros, los castaños, los verdes, los azules,
 y cómo cada excelso color maravilloso
 tiene sus musicales orquestas interiores?
 La voz es pleno chorro de música sensible,
 los ojos son dos líricos y sacros manantiales,
 en los que está, hecho tintas, el corazón melódico,
 el corazón, que tiene pasión, violencia y ritmo;
 y todos los espíritus sembrados en la carne
 del hombre, cual los sonos de claros nacimientos,
 componen una orquesta. Hasta en el signo impreso
 del libro, está la música; no canta, pero sube

por el mental silencio de la sentida página
 un celestial murmullo de abejas zumbadoras
 borrachas de pistilos y enjambres creadores,
 una marea eufónica, un oleaje armónico,
 que empapa nuestros sueños de gamas musicales.
 En lo hondo de la fuente de las palabras presas,
 está, como una náyade, la voz del que las dicta,
 y sube cual un canto de magia á nuestra frente;
 es el advenimiento de Dios á nuestro espíritu
 por medio del gran Cristo de la palabra impresa;
 un sacrosanto dedo de Dios es cada pluma.
 Y pues si todo es lírica, ¿cómo no oís la múltiple
 que brota de la Gracia de todo el Universo?
 Desconocéis las sendas de las pristinas fuentes,
 no hacéis de cada poro un palpitante oído,
 no hacéis de cada nervio un conductor del canto
 que venga del origen de la Armonía Suma,
 y vais á oír á Cristo, que recogió su rítmica
 del Manantial Primero; y vais á oír á Séneca,
 que recogió su esencia del chorro primitivo;
 y vais á oír á Budha, Confucio y Aristóteles,
 que en el pezón bebieron de las primeras ubres,
 y vais á oír ansiosos los hombres patriarcas
 á los que dió su sangre la gran Naturaleza
 y amamantó Dios mismo con rayos de su seno.
 Tan sólo sois fonógrafos de cera impresionable,
 que repetís las frases, conceptos y parábolas
 de frentes primordiales, de espíritus veneros.
 Vosotros sois ineptos para beber la música
 con labios virginales, del Río Originario,
 y carecéis de oído que, puesto á flor del aire,
 escucha la baraja sin número de cielos;
 que aplícase á una piedra, y escucha el Himalaya;
 que ausculta en el silencio la gota de rocío,
 y siente el portentoso concierto de los mares.
 Vuestro insonoro tímpano, pajizo y recortado

del trozo cadavérico de un rancio pergamino,
tan sólo oye las voces en vastas bibliotecas
que exhalan los infolios. Y al lado de la estufa
desvalijáis á Brahma, desvalijáis á Cristo,
y á todo el que atraviesa cargado de mies áurea,
de polen y de sándalo, de rosas y panales...

¡OH TERESA! ¡OH DOLOR!...

*Al gran historiador y crítico
Antonio Cortés.*

Al evocar tu infortunada historia,
hecha á buril en la memoria mía,
te alzas, pobre mujer, en mi memoria,
trágica en el dolor de tu agonía.

Y viendo lo infinito de tu pena,
lo espantable y lo atroz de tu quebranto,
piedad sin fin el corazón me llena
y se desborda de mi pecho el llanto.

Y aun en el mismo lodo derribada,
y rota, y muerta, te hago, victoriosa,
en las regiones de la luz, mi amada;
ante los siglos y ante Dios, mi esposa.

No estás sola en el tiempo, estás conmigo,
yo ni tu honor insulto ni te engaño;
mi gran misericordia te da abrigo,
y en tu noche perpetua te acompaño.

A devorar te doy la carne mía
para que el hambre, ¡oh triste!, satisfagas,
y á beber de mis venas la energía
á ver si el ascua de tu sed apagas.

Hambrienta y sola, sin calor ni lecho,
entre las calles al azar vagando,
por la vergüenza retorcido el pecho,
fué tu dolor la caridad llamando.

Y siendo poco el verte derribada
por quien te amó, que encenagó tu vida,
empezaste á rodar por otra grada
que deshojó tu cuerpo en la calda.

Azotada por todos los rigores
como brutales látigos de acero,
llevaste, ¡infeliz mía!, tus dolores
hasta el más hediondo estercolero.

Y cuando en mil jirones te rasgaron
hombres y acasos, zarpas y quimeras,
aún el rostro divino te azotaron
borrachos, y canallas, y rameras.

Sin cielo ya y sin Dios, abandonada
te viste al fin en tu martirio horrendo,
entre gusanos, como Job, sentada
en el inmundo muladar gimiendo.

Corroída por todos los pesares,
viste todos los templos solitarios,
entre tinieblas todos los altares,
mudas las aras, rotos los sagrarios.

¿Y tú fuiste, mujer, idealizada
por el arpa de un Dios? ¡Loca mentira!
fuiste vilmente y á traición ahorcada
por las cuerdas infames de una lira.

Tú soñaste que sólo es el poeta
transformación de Dios en criatura,
fe, luz amor, inspiración secreta,
alta torre de sol y de hermosa.

No es mucho abandonar, si eso fingiste,
hijo, esposo, esplendor, en tu sendero;
¿un poeta es un Dios? Tú lo seguiste
como quien sigue á Dios, que es lo primero.

Y como pura alondra fascinada
por el influjo de poder ignoto,
bajaste, entre lo azul, encandilada,
desde tu cielo espléndido y remoto.

Y cuando tierno tu candor creía
asir al dios en el ansiado lecho,
viste que el dios, ¡oh asombro!, guarecía
un sapo inmundo en lo interior del pecho.

¡Espanto, horror, iniquidad sin nombre!
del lecho de ilusión se levantaba
una víbora fétida; era el hombre
que del vate su piel desenroscaba.

¡El hombre, no el altivo caballero,
no el paladín de temple soberano
que en el casco inmortal lleva el plumero
hecho con timbres del decoro humano.

Cual Lucrecia á quien Bruto sorprendía,
diste un lamento aterrador de hiena
que en nuestras almas zumba todavía
y en el ancho curso de los tiempos llena.

Diste un grito al mirarte en el vacío
ya sin tu esposo, loco de amargura,
sin hijo, sin honor, sin poderío,
sin poeta, sin cielo y sin ventura.

Y agitando en un vértigo los brazos
para agarrarte de tu infiel anhelo,
te deshiciste en cien mil pedazos
al despeñarte desde el quinto cielo.

Y sin un ser á tu piedad devoto
que te ayudara, sola cual ninguna
te pusiste á coger tu ensueño roto
engranando sus chispas, una á una.

Y así te evoco; en incesantes giros
recogiendo, hechos polvo, tus empeños,
soldando tus cristales con suspiros,
reconstruyendo el vaso de tus sueños.

Yo ayudaré á tu mano, ¡infeliz mía!,
á coger el collar desparramado,
á alzar del suelo tu hostia de poesía
y á restaurar tu cáliz consagrado.

Tu deshecho collar que el lodo entierra,
yo ataré en otras hebras ideales,
y elevará tu frente de la tierra
todas sus perlas, puras y cabales.

Llevando en tus entrañas un infierno,
aun de la misma tumba te levantas;
clama justicia tu dolor eterno,
y al exigirla vengadora, espantas.

Tú no fuiste la hipócrita perjura
que traicionaba al cónyuge no amado;
tú fuiste la engañada sin ventura,
y en vez de esposa, el siervo encadenado.

Y en una viva hoguera transformada
por el vate inmortal de tus dolores,
abandonaste, ciega, tu morada,
que jamás mundo fué de tus amores.

Mas, ¡oh dolor tremendo de tu vida!,
al ir loca detrás de la fortuna,
dejaste atrás en medio de la huida,
el mecedor rosado de una cuna.

Y esa cuna de luz, mujer demente,
como un péndulo eterno del pecado,
fué rodando en tu pecho eternamente
como un vaivén de pena acompasado.

Y aun en las horas de placer más hondo,
viendo los ojos de tu dios querido,
miraste siempre en su abrasado fondo,
rodar la cuna cual se mece un nido.

Los labios del poeta te prendieron
con luz tan poderosa, tan intensa,
que hasta tus huesos míseros ardieron
en la crujiente llamarada inmensa.

Y hastiado de tu cuerpo, tus favores
á otras manos sus manos relegaron;
no sólo te manchó con sus amores,
sus amigos también te profanaron.

Y por una pendiente traicionera
que cuenta los peldaños por delitos,
tu dios te echó á rodar por la escalera
que acaba en los tormentos infinitos.

Y mientras tú arrojada al pudridero,
llorabas en tu trágica agonía,
aclamaba á tu dios Madrid entero
en el triunfo inmortal de la poesía.

¿Poesía la que infama y te traiciona?
¿poesía la que culpa y te condena?
¡La lira, al ser de Dios, siempre perdona,
y no hiere, ni mancha, ni envenena!

Desprecio las alturas del renombre
y á sus triunfos escupo irreverente,
cuando no está sobre el poeta el hombre
tocando en las estrellas con la frente.

O bestia, ó dios; y si al inmundo y necio
defiende el vate cual tras recia valla,
hasta al mismo poeta lo desprecio
por escupir al rostro del canalla.

Y ambicionaran mis robustos brazos,
para herirlo, los rayos de Isafas;
y para tí, mujer hecha pedazos,
los trenos de dolor de Jeremías.

Que no merece rosas de los valles
sino las rejas de trenzados hierros,
quien la santa mujer tira á las calles
para comida de hombres y de perros.

Ardiendo de dolor, mi lengua viva,
 escupe hasta al crestón más eminente;
 y llega hasta los cielos mi saliva,
 ¡porque el cielo principia en nuestra frente!

Y tú, infeliz mujer, amada mía,
 ya por filtros de sol clarificada,
 rezumada por vasos de armonía
 y hecha perlas de luz glorificada.

Tú, que subiste todos los teclados
 que llevan al dolor, y recorriste
 la escala de crisoles engarzados
 donde todas tus culpas redimiste!

Tú, que, por bella, amaste sin medida,
 y sufriste por todas las mujeres;
 que tuviste hambre y sed, y fué tu vida
 ir pisando por bosques de alfileres:

Tú, limón de acritud, adelfa amarga,
 cicuta de dolor, cincel de llanto,
 ciprés que el sol, al extinguirse, alarga,
 hostia de acibar, cáliz de quebranto,

Ven á mí, soy tu amado, soy tu esposo;
 del suelo te recojo y eres mía,
 é ilumino tu barro polvoroso
 reconstruyendo tu ara de poesía.

Tú eres la virgen, la infeliz esposa,
 la madre de pesar despedazada,
 la hambrienta, la caída, la haraposada,
 ¡la mujer de dolor santificada!

Ven á mí, inmenso vaso de dolores;
 soy tu amor, soy tu hermano, soy tu amigo...
 ¡¡Con mi mano inmortal de resplandores,
 en el nombre de Dios, yo te bendigo!!

LAS VIDRIERAS GOTICAS

¿Qué sueñas tan alta, gentil vidriera?
 ¿qué sueñas tan alta, melódica ojiva,
 toda melancólica, toda lastimera,
 toda interesante, toda pensativa?...

De escuchar las flautas del órgano grave,
 te has ido volviendo romántica y pura,
 te has ido nublando de un sueño suave
 que un vidrio te vuelve de casta hermosura.

Ya tus tintas bravas no son alaridos,
 un polvo de siglos quebró sus rigores,
 y dejó tus tonos de salmos vestidos,
 de credos de luces y salves de flores.

Cristales en éxtasis, dormidos cristales
 parecéis arriba, claras vidrieras,
 cual si se asomaran á los ventanales
 rosas peregrinas de otras primaveras.

El templo idealiza los tonos violentos,
 educan las lámparas y los incensarios,
 casi tus colores ya son sentimientos
 y luces y prismas de nobles rosarios.

Quien limpie del polvo que dan las edades
la gótica ojiva, que rueda á sus plantas ;
los tules del polvo son idealidades
que vuelven las cosas sublimes y santas.

¿Qué gran sacerdote de frase severa
dirá lo que dice la angélica ojiva,
toda ensoñadora, toda lastimera,
toda interesante, toda pensativa?...

Para mí los vidrios que en luces se enrosan
no son sólo efectos de luz teatrales,
son púlpitos vivos que flores rebosan,
son áureas ringleras de abiertos misales.

Sonámbulos llenos de vaga poesía
mientras velan, tejen su luz de colores,
como centinelas que aguardan el día
para dar al templo su *¡alerta!* de flores.

Cual hojas de un libro de eterna dulzura
abren las ojivas sus puros cristales,
y una Pascua alegre de paz y hermosura
llueve de los vidrios sus risas triunfales.

En ellos hay presas largas letanías,
trémulas salmodias, líricas escalas,
viven replegadas hondas profecías,
y abren los arcángeles, llamando, las alas.

Y desde sus áureas, gloriosas banderas
tejidas con tonos de ensueño indeciso,
parece que mana de las vidrieras
gracia en flor, venida de otro Paraíso.

Como las alondras van fanatizadas
hacia las linternas nocturnas y vivas,
torbellinos de almas van encandiladas
hacia las teológicas mentales ojivas.

Para mí, del templo bajo los palmares,
hay dobles sagrarios de fe y de esplendores ;
unos, son la hilera de santos altares ;
y otros, la alta cinta de ojivas de flores.

En narcotizados sueños de ventura,
meditan los vidrios sublimes poemas,
preces y palabras de eterna hermosura,
versos de áurea lumbre y estrofas supremas.
¿No oís cómo cantan los vidrios arriba
un son de plegarias y humanos dolores ? ;
cual una colmena retumba la ojiva
con cien mil abejas bordadas en flores.

Todas labran, labran, celosas y fieles,
las divinas celdas de un panal no visto,
de un panal que llena los siglos de mieles,
de un panal eterno: la boca de Cristo.

Abríos perennes, vidrios evangélicos,
cual sublimes páginas de santa poesía ;
sois los ventanales, cantos arcangélicos,
libros de alta gracia, libros de armonía...

FIN